

¡QUÉ GRANDE y QUÉ PEQUEÑO!

Salmo

I

Señor, qué grande eres,
la inmensidad no puede contenerte,
el universo es una pavesa
desprendida del fuego de tu hoguera.

Los años luz que rompen nuestra mente
cuando intentamos hacernos una imagen
de tales magnitudes
son para ti canicas pequeñas
en las manos de un niño.

Cuando contemplo la grandeza del cielo
en la noche estrellada
tu aliento tibio y puro
penetra en mis entrañas
como el perfume dulce
del seno de mi madre.

Qué grande es tu belleza,
Señor de la belleza.

Cuánta hermosura salió de tu palabra
el día de la creación.

Las auroras y las puestas de sol,
los paisajes de belleza infinita,
las flores de colores radiantes,
los insectos de diseños ocultos,
todo es para mí,
hombrecillo pequeño y solitario,
una sonrisa cercana y cariñosa
que cura soledades
y hace que no me sienta
nunca solo.

II

Qué pequeño y qué pobre eres, Señor.

Las ínfimas partículas de polvo
que el viento lleva a lugares distantes
es volante carroza
donde tu te paseas
como un gran monarca en procesión solemne.
Estás en la bacteria
del mismo estiércol.
Su fuerza fecundante
que impulsa a las semillas
a parir vidas nuevas
es un motor oculto
que creas y diriges
con precisión exacta.

Eres la fuerza inmensa
que se oculta en el átomo
y que es destructora
o fuente de energía.

En el fotón tú estás
como luz, como vida,
-velocidad suprema-
que transforma las cosas.

En los genes tú estás como arquitecto,
como ingeniero sabio,
llevando a plenitud
lo que sólo es proyecto
en tu mente infinita.

Tú estás en mi inconsciente
como caverna oscura
donde se esconden todos los recuerdos
y donde tú me hablas
como oráculo oculto.

Qué grande soy, Señor,
frente a ti, tan pequeño.

Yo puedo darte a luz
como la madre virgen
que te albergó en su seno.

Tú puedes esconderte
en el hueco profundo
del fondo de mi alma.

y puedo darte a otros
que pueden acogerte
como regalo vivo.

Francisco Caballero García

1991